

PROMOVIENDO LIDERAZGOS EN MEDICINA DE FAMILIA: UNA REFLEXIÓN VITAL

UNITING LEADERSHIP IN THE CARE PROFESSION: A VITAL REFLECTION

González-Blasco P.

* Doctor en Medicina. Fundador y Director Científico de la SOBRAMFA- Sociedade Brasileira de Medicina de Familia. www.sobramfa.com.br. Email : pablogb@sobramfa.com.br.

Abstract

The introspective approach adopted by Family Medicine, although is not exclusive of this specialty, is its strength. The philosophical professional – the reflective practitioner – of family medicine attempts to integrate medical knowledge, care for people, and development of leaders with true wisdom. When you attempt to turn wrongs into rights, remember that reformation begins first and foremost within. To fight for an ideal without self-examination is perilous! Our goal is to establish leadership, pursue excellence in education, and provide viable role models. To achieve this goal, we must contend with what, at first, appear to be competing demands: On the one hand, there is the ethereal realm of principles, vision, motivation, and inward enrichment. On the other the pragmatic considerations of caring, daily routine, consistency, and making a measurable difference in people's lives. On closer inspection, however, these spheres are intimately related, with each one encompassing the other, like two faces of the same coin. It requires constant vigilance to strike this difficult yet necessary balance to attain practical idealism, in the day by day construction.

El tema del IX Congreso Académico Internacional de Medicina de Familia, promovido por SOBRAMFA- Sociedad Brasileña de Medicina de Familia, nos brinda la oportunidad de una reflexión conjunta, sincera y vital, sobre el papel del Liderazgo y la Vocación para Cuidar, que la dimensión educacional de la Medicina de Familia lleva consigo. Las presentes son reflexiones en voz alta, que se asemejan a las pinceladas de un cuadro impresionista, donde las imágenes surgen al compás de las propias reflexiones, de las de cada uno, resaltando aspectos, destacando perfiles, de acuerdo con las necesidades que nos acometen y con las descubiertas con que cada cual se depara.

No son, por tanto, las consideraciones que hacemos a seguir, una especie de “guía para la buena reflexión”, sino solamente una provocación, como una pista que permite al avión de cada uno, despegar y establecer el rumbo personal. Pinceladas, manchas quizá del paisaje impresionista que, con la distancia y perspectiva adecuada asumen los contornos peculiares para cada ser humano. Eso es la reflexión vital: construir una perspectiva de vida.

Cuidar: Una perspectiva Filosófica

Ortega y Gasset ¹ advierte que la palabra *cuidar* tiene su origen etimológica en la expresión *curare*, que implica ocuparse, estar atento, preocuparse por algo o por alguien. La curiosidad también nace de la misma raíz y aunque originalmente significaba la atención y el esmero, la acepción popular es la de quien se ocupa sin estar atento, sin en el fondo importarse. Se ocupa por diletantismo y parásita la vida de los otros. Así, la incuria, es falta de cuidado, y la seguridad *securitas* implica no tomar cuidado pues se está cierto del resultado. Lo que nos interesa de todo esto es claro: el origen común de los cuidados y de la cura y la atención que supone. Una atención que implica no dar nada por sabido, mantener el deseo de conocer, invocar a los clásicos en su “solo sé que no se nada”, y convencerse que para curar hay que estar atentos, con verdaderos deseos de cuidar.

Las reflexiones que aquí se pretende provocar deben ser vitales, esto es, salir del plano teórico para llegar capilarmente hasta la acción, dando forma a la vida, transformándola. Y es que la reflexión teórica –que con tanta frecuencia ocupa a los que se llaman académicos, y la mayor parte de las veces no lo son- es cómoda, hecha a medida. Pero, en el decir de Ortega, “la vida es trato agradable o desagradable con las cosas”. Y nos advierte: “si todas las cosas nos fuesen dóciles, si en nuestra vida no hubiese faltas, no nos pararíamos a pensar en el ser de nada.” Y añade: “Tenemos en cada instante que decidir lo que vamos a hacer, lo que vamos a ser en el instante inmediato. Si fuésemos eternos, esto no nos angustiaría... pero nuestros instantes son contados. El hombre tiene que acertar en su vida y en cada momento de ella”.¹ El poeta portugués, Fernando Pessoa ², sintetiza la misma idea con precisión. “*A vida é terra, e vivê-la é lodo/ Tudo é maneira, diferença ou modo./ Em tudo quanto faças sê só tu/ Em tudo quanto faças sê tu todo*”. (La vida es tierra y en el vivirla se hace lodo. Todo es manera, diferencia o modo. En todo cuanto hagas se solamente tu. En todo cuanto hagas se tu por completo).

El ideal del cuidar y de arrastrar a otros para que lo hagan, multiplicando el modelo con un liderazgo que entusiasme, se difuminan cuando, en la rutina diaria, se quieren poner en práctica. Del dicho al hecho hay un trecho, reza el refrán castellano. Y la teoría que es tierra buena y fértil, se convierte en fango con las lluvias de las dificultades, y el pisoteo descuidado que lleva consigo la limitación del ser humano, que está, en verdad, repleto de buenas intenciones. Se trata de dar un giro vital y entender que las dificultades, los tropiezos prácticos de los ideales magníficos -de los sueños que surgen en encuentros académicos como el presente- son una necesidad que obliga a mantener viva la reflexión, que actualiza la decisión y la hace consciente, sin dejarse llevar por la malsana comodidad del “piloto automático”, de la rutina de hacer las cosas como siempre. Aquí estriba la verdadera rutina, que no es ocuparse en las cosas de siempre, sino en hacerlas *como siempre*.

Cabe aquí una consideración publicada por un académico de la medicina de familia, hace algunos años ³. Cuenta en su ensayo la historia de un filósofo inglés que dejó gravado un recado peculiar en su contestador automático. Cuando alguien llamaba a su casa y no le encontraba, el contestador respondía “Esto no es un contestador, sino un ‘preguntador’”.

¿Quién eres tú y qué quieres de ti? “. Naturalmente la perplejidad seguía a semejante interrogatorio inesperado. Algunos segundos después la grabación continuaba: “Si piensas que estos asuntos son sencillos, es bueno saber que la mayor parte de las personas viene a este mundo y lo deja sin responderlas”. Las dificultades que se encuentran en la práctica son, pues, una variante de la “*Questioning Machine*” que provoca y mantiene viva la actitud reflexiva, elemento imprescindible para quien se propone cuidar y formar liderazgos. *El texto original, que tiene su peculiar fuerza de expresión es el siguiente: “This is not an answering machine; it’s a questioning machine. Who are you, and what do you want?” The recording then continues “In case you think these are trivial questions, most people come to this earth and leave it again without answering either one.”*

Las virtudes del Cuidado

La filosofía clásica nos enseña que las virtudes son hábitos y como tal, se adquieren por repetición de actos. Virtud es disposición habitual, una especie de “forma física” del alma, que facilita el querer y el decidir. Cuando se es virtuoso –y eso lo notamos en los artistas y en los deportistas- todo parece “más fácil”, y de hecho, lo es, una vez conquistada la virtud. Lo que cuesta y requiere invertir tiempo y esfuerzo es justamente conquistarla con los actos que se suceden, como piedras de una construcción. La omisión de una piedra –de un acto- es algo aparentemente sin importancia comparado con la envergadura del conjunto; pero la suma de los pocos –piedras y actos- es lo que hace aparecer el monumento. Así, la virtud no es algo esporádico, mismo que sea heroico, sino lo habitual que se incorpora a modo de segunda naturaleza, como dirían los clásicos. Adquirir las virtudes propias del cuidar, que como veremos están íntimamente relacionadas con las virtudes del formador de líderes, requiere repetición de actos hasta cristalizar en hábitos. Y una repetición que debe ser conciente, presidida por la reflexión.

La Medicina es Ciencia y Arte, y como tal debe ser enseñada, aprendida y practicada. La dimensión científica de la medicina, de carácter eminentemente técnico, implica dominar conocimientos y habilidades peculiares, para lo que el entrenamiento y la práctica son imprescindibles, como lo es el proceso de adquisición de conocimientos y el estudio actualizado del progreso científico. La dimensión artística, mucho más amplia, abraza y envuelve la técnica –las evidencias por utilizar un lenguaje actual- para hacerlas llegar hasta las personas y situaciones concretas, adaptarlas a medida, tornarlas eficaces y vehículo real de cuidado. Para enseñar y aprender el arte médico es necesario algo más que el sencillo entrenamiento: se requiere verdadera educación, actitudes que faciliten postura, creación, empatía y atención verdadera. Se requiere una genuina educación en las virtudes del cuidado, para formar médicos que sean técnicos y artistas al mismo tiempo, profesionales bifocales que integren el progreso técnico y las mejores evidencias con las necesidades y posibilidades de cada ser humano que es confiado a sus cuidados.

La validación de los conocimientos técnicos es susceptible de mayor objetividad y de medidas pedagógicamente consagradas. El arte médico, por situarse en un espacio más

amplio, transparente, menos nítido, aunque igualmente importante, es de más difícil validación. Es justamente en ese universo de cualidades, en que las medidas cuantitativas objetivas son insuficientes para certificar la excelencia del proceso educacional, donde circulan el Liderazgo y el Cuidado. Un espacio que es difuminado, atmosférico, difícil de mensurar pero que por ser “climatológico” y envolvente es lo que determina la posibilidad de crecimiento vital. Las reflexiones en voz alta sobre las virtudes del cuidado, son los rasgos impresionistas que ayudan a perfilar el paisaje del arte médica que nos ocupa.

Generosidad y Dedicación

Podría parecer superfluo hablar de generosidad, como virtud necesaria para el cuidado. Quien se propone cuidar y hacer del cuidado misión de vida debe, de algún modo tener claro, que la generosidad y donación en sus acciones será su constante interlocutor. Sin embargo, la experiencia de la vida y las distracciones del ser humano nos advierten que insistir en lo que parece obvio es necesario. Y aquí, como ya advertimos, el problema radica en la práctica, en la generosidad “en este momento, con esta persona, en esta circunstancia”. La generosidad teórica no suele ser problema; pero las cosas se ven diferentes cuando la donación implica compromiso. Con acierto comentaba Rocco Buttiglione, pensador italiano, en entrevista a la prensa (1993); “Defendemos los valores siempre y cuando no nos quiten nada a nosotros ni nos molesten demasiado. Cuando la defensa de un valor implica compromiso personal siempre encontramos motivos para no hacerlo”

Se entiende la paradoja tremenda de que el médico, rodeado de pacientes, no esté de hecho “con sus pacientes” y que estos se sientan solos. “La soledad persigue al hombre, como la sombra a su cuerpo. La más patógena de las soledades es la soledad de dos en compañía, que procede del desamor”⁴ Para acompañar generosamente al enfermo no basta estar a su lado físicamente; y el enfermo, acrisolado como está por el dolor, percibe la lejanía anímica a pesar de la proximidad física.

Al hombre, y más el médico que en teoría entiende su vida como dedicación, no le resulta confortable el egoísmo directo y frontal. El animal social necesita, por naturaleza dedicar su afecto a otros y se buscan, aun inconscientemente, salidas que permitan saciar esta necesidad. Claro, que las solicitudes mejores suelen ser las que no complican la vida. Por eso, el amor acaba dedicándose a los que están lejos –que no tienen como apelar ni exigir- quitándolo de los que tenemos al lado. Con ironía comentaba Chesterton que lo bueno de un viaje a Venecia era el encanto de los venecianos entre los canales, sobre todo porque uno es turista y regresa a su tierra. Otra cosa muy diferente es tener que aguantar al vecino que toca clarinete y del cual no podemos librarnos fácilmente. La ironía de Chesterton se transforma en la cruel crítica de Nietzsche para expresar lo mismo: “El amor generoso a los que están lejos es muchas veces la transformación del odio a los que tenemos cerca”.

El médico, que con la falta de dedicación es responsable por la soledad de sus pacientes, acaba sucumbiendo a la propia. Y es que la soledad suele venir cuando lo que se tiene en común con los demás, que debía predominar, queda ofuscado o relegado por algo que se hace propio y exclusivo; cuando se pretenden en primer término objetivos puramente personales. Nos aislamos de los demás en la medida en que compartimos menos afanes con ellos, en la medida en que nuestra vida se polariza en una dirección que les es ajena. Somos médicos porque hay enfermos que nos necesitan; si el médico pierde la razón y el por qué de su ser médico, se sentirá solo, y sembrará la soledad a su vuelta. Dedicación es concordia, *cum cordis*, corazón con corazón en el decir de Ortega, un conformarse con el objeto de atención. Egoísmo es soledad, desatención, discordia –un desentonar afectivamente y en todo con quien nos rodea.

Idealismo: saber soñar

Las dificultades de que nos hablaba Ortega, nos centran en el mundo real. Para enfrentarlas y salir victorioso ayuda la consideración de V. Frankl, creador de la Logoterapia. “Vivir sin ninguna tensión es improductivo. Lo que el hombre necesita es una saludable dosis de tensión que le provoque en el ser las exigencia y solicitaciones de un sentido”⁵.

El idealismo es parte integrante de la vocación de cuidar, y condición para formar líderes. Quien tiene proyectos es joven en el alma, hace planes, despliega sus energías hacia el futuro, y vive con intensidad el momento presente. Quien no tiene proyectos es un viejo de espíritu que decidió jubilar sus ilusiones. Comenta un autor con experiencia clínica: “La patria del hombre son sus ilusiones. La vida es anticipación y porvenir. El hombre es, sobre todo, futuro”⁶. Sin ilusiones, sin sueños, el hombre se vuelve un apátrida, un nómada, un paria de la profesión y arrastra en su desengaño a los pacientes que por infelicidad estén en su círculo de actuación.

En contexto diferente, pero con un sentido que podemos aplicar con analogía apropiada, el entonces Cardenal Ratzinger declaraba al entrevistador; “Los santos, todos, fueron hombres de fantasía, no funcionarios burocráticos. Fueron personajes profundamente obedientes y al mismo tiempo, hombres de gran originalidad e independencia personal. Necesitamos hoy en día más de santos que de funcionarios”⁷ El comentario elogioso a la creatividad y a la fantasía, procedente de un intelectual alemán con amplia producción científica, hace pensar, y más cuando se la coloca como condición de santidad.

El idealismo presupone constancia, perseverancia en los ideales, no desistir. La advertencia cruda de Unamuno, nos habla de los que no tienen envergadura para ser idealistas porque “...hasta de las grandes ideas se enamoran sensualmente. Son incapaces de casar con una grande y pura idea y criar familia de ella; no hacen sino amontonarse con las ideas. Las toman de queridas, menos aún, tal vez de compañeras de una noche”⁸. La constancia no es virtud que predomine en el mundo actual, y la juventud, que se deja entusiasmar por los proyectos no aprende al mismo tiempo que para realizarlos tendrá que

colocar buenas dosis de esa virtud que brilla por su ausencia. La escritora italiana Susanna Tamaro nos relata la correspondencia de una joven que refleja esta insuficiencia. Anota: “Hace tiempo recibí una carta de una muchachita. Decía: yo quisiera ser escritora y llegar a ser famosa como usted. Pero dígame enseguida si se trata de un asunto largo y fatigoso porque de ser así cambio de rumbo”⁹.

Disposición de Servir: un rasgo de excelencia

El servicio es condición indispensable para cuidar. Y en el binomio, cada vez más estrecho, de los cuidados y de la formación de liderazgos, la capacidad de servir surge como parámetro de excelencia. En líneas antológicas Ortega nos advierte que el servicio es virtud de líderes, que lo son justamente por que se exigen más que los demás, colocándose metas altas en su vida, destacándose por la exigencia consigo mismos. “El hombre que se impone a sí mismo una disciplina más dura y unas exigencias mayores que las habituales en su contorno, se selecciona a sí mismo, se sitúa aparte y fuera de la gran masa indisciplinada donde los individuos viven sin tensión ni rigor, cómodamente apoyados en resacas. Por eso el lema decisivo de las antiguas aristocracias, forjadoras de nuestras naciones occidentales, fue el sublime *Noblesse oblige*. Nada se puede esperar de hombres que no sientan el orgullo de poseer más duras obligaciones que los demás. La nobleza en el hombre, como en su hermano mayor el animal, es, ante todo, un privilegio de obligaciones. El caballo de raza lo es, ante todo, porque tiene obligación de correr más que el vulgar o resistir más largamente”¹⁰.

El tema es constante en este pensador que, una vez y otra vuelve a él, con variaciones sobre el mismo tema. “Conforme se avanza por la existencia, va uno hartándose de advertir que la mayor parte de los hombres -y de las mujeres- son incapaces de otro esfuerzo que el estrictamente impuesto como reacción a una necesidad extrema. Por lo mismo, quedan más aislados y como monumentalizados en nuestra experiencia los poquísimos seres que hemos conocido capaces de esfuerzo espontáneo y lujoso. Son los hombres selectos, los nobles, los únicos activos y no sólo reactivos, para quien vivir es una perpetua tensión, un incesante entrenamiento. Entrenamiento: *askesis*. Son los ascetas”¹¹ (...) Y, en nueva variación añade: “La humanidad se divide en dos clases de criaturas: las que se exigen mucho y acumulan sobre sí mismas dificultades y deberes, y las que no se exigen nada de especial, sino que para ellas vivir es ser en cada instante lo que ya son, sin esfuerzo de perfección sobre sí mismas, incapaces de otro esfuerzo que el estrictamente impuesto por la necesidad. Nada espero del hombre satisfecho que no siente falta de algo además de sí mismo. Es la criatura selecta, y no el hombre masificado, quien vive para servir. La vida no tiene sabor sin servicio”¹¹.

Reflexión y Conocimiento Propio

Para cuidar de otros y liderar gentes, es preciso cuidar de uno mismo y recorrer el camino que libremente se establece como meta. Por eso, la reflexión humanista es condición indispensable para conquistar las competencias del cuidado. El carácter reflexivo de la Medicina de Familia, sin reclamar exclusividad para ella, es sin duda condición indispensable de competencia. El ejercicio filosófico de la profesión *-reflective practitioner-* que integra el conocimiento médico; con los cuidados y la formación de líderes conduce a la verdadera sabiduría. “Siempre que al crecer tengas ganas de cambiar las cosas erradas en ciertas, acuérdate de que la primera revolución a hacer es la que está dentro de nosotros. La primera y más importante. Luchar por un ideal sin tener noción de si mismo es una de las empresas más peligrosas en que alguien se podría embarcar”¹². El consejo de la escritora italiana no es novedad, y lo encontramos en educadores y filósofos, y en todos los que destacándose por su sabiduría conocían la fuente de donde ella mana. “Sea cual fuere la extensión de tu saber, te faltaría siempre para alcanzar la plenitud de la sabiduría el conocimiento de ti mismo. No merece el nombre de sabio quien no lo es para si mismo”¹³.

Amor a la Profesión y Entusiasmo

El enfermo necesita un médico que ame su trabajo como parte integrante de la relación terapéutica. Y aunque no sepa valorar el *curriculum* científico del profesional, tiene el paciente una especial facilidad, sensibilidad si se quiere, para descubrir la capacidad de entusiasmo que el médico almacena en su interior. En este punto las consideraciones de Gregorio Marañón, médico humanista e historiador, son de notable ayuda para la presente reflexión sobre las virtudes del cuidado. Refiriéndose a los médicos de antaño comenta: “Su sentido de la Medicina era más cordial, más humano que el nuestro. Aún no había desaparecido en ellos, bajo el farrago cientificista, el viejo médico familiar, notario, sacerdote, consejero y supremo tribunal en los pleitos más recónditos en cada casa. Acaso no sabían más que los que les sucedieron, pero es seguro que fueron mejores, y, en suma, hasta más sabios; porque nos hemos ido olvidando de que la sabiduría no es sólo saber las cosas, sino también amarlas”¹⁴.

Anotemos este importante recado de que la sabiduría está pautada por amar las cosas que se conocen. Un amor que lleva a tratar con respeto único la individualidad de cada paciente, de cada ser humano, para poder cuidarlo. Y aquí con ocasión de un comentario sobre los prólogos de los libros, establece Marañón una importante metáfora con el felpudo que se coloca a la entrada de los domicilios que tiene, en su opinión, una doble función. La de limpiar los pies, en primer lugar; y la de prepararse, con calma, para entrar en la intimidad ajena. Algo que grita contra la práctica médica en serie, reduciendo los enfermos a casos, a números, desnudándoles de todo y cualquier personalismo. “Como médico tuve que pisar por primera vez centenas de hogares desconocidos y nunca, lo puedo afirmar con seguridad, llamé a una puerta sin emoción. Cada casa es un mundo

diferente del mundo externo; y en cualquiera de ellas puede nuestra alma encontrar una nueva faceta para su vida y, tal vez, su destino. Siempre pensé esto mientras deslizaba los pies con unción, tuvieran o no barro, en la estera del umbral que nos prepara para la intimidad”¹⁵.

El entusiasmo por la profesión se traduce en dedicación y compromiso con el enfermo. El médico entiende que su vida es servicio y deseo de ayudar. Y, una vez más, el enfermo no es ajeno a este esfuerzo, o a la falta de el mismo. “El médico no debe trabajar sólo con el bisturí –yo carecía de él a veces- ni con el fonendoscopio –el mío se mantenía entero gracias al esparadrapo; el médico tiene que entregarse por completo al enfermo, a la medicina y a Dios. Cuando se da esa triple entrega es difícil que el enfermo muera. La voluntad de curar da a uno mismo y al enfermo calma, confianza, fuerza y deseos de sobreponerse. El médico acaba por amar apasionadamente su profesión: la Medicina”¹⁶.

Volvemos a Marañón, el camino que en sus obrar nos traza de las virtudes del cuidado son un reclamo a la excelencia, y se podría interpretar su exigencia como una crítica a la profesión. Él mismo nos aclara: “Sentiría mucho que alguien dedujese de lo dicho que soy irrespetuoso con la Medicina y que soy pesimista sobre su presente y su porvenir. Yo respeto a la Medicina porque la amo; y es el amor la fuente suprema del culto, en lo humano como en lo divino. Pero el amor es también, o debe ser también, crítica. Sólo cuando desmenuzamos en el objeto amado cuanto tiene de deleznable, acertamos a encontrar, allá en el fondo, lo que tiene de imperecedero. El que habla valientemente de los defectos de su patria es el mejor patriota, y el que extrema las censuras justas a su profesión, ese es el que la sirve con toda plenitud”¹⁷.

Cuidado y Liderazgos: la práctica del idealismo

Las virtudes del cuidar y la formación de liderazgos caminan juntos. Esa es la conclusión a que fácilmente se llega después de este recorrido de reflexión. Las pinceladas del paisaje impresionista asumen rasgos variados de acuerdo con las perspectivas de cada uno. Pero - con independencia de los contornos- de seguro notamos como el cuidado y el liderazgo se perfilan lado a lado. Difícilmente un líder no cuida de los que tiene a su alrededor, y quien los atiende y los cuida, los cura, los conquista, y su espectro de acción se arrastra en sintonía con su cuidado, como una simiente fecunda en el campo del liderazgo.

De un lado, la construcción del liderazgo, la formación que busca la excelencia, la reproducción del modelo que no sólo se admira sino que es capaz de ser imitado. En este lado de la ecuación entran principios, visión, motivación, riqueza interior. En el otro lado se sitúa la dimensión del *Cuidar* que es práctica, rutina de lo cotidiano, filosofía de acción, y que lleva hacer la diferencia real en la vida de las personas. Ambos miembros de la ecuación se corresponden íntimamente. Uno es garantía y condición de la calidad del otro, como las dos caras de una moneda que, necesariamente, tienen el mismo valor de mercado. Un equilibrio difícil y necesario, un verdadero idealismo práctico que debe ser construido en el día a día. Apelamos, una vez más, para los pensadores que nos indican el

camino de la conquista de esta unidad de vida. “Pero yo te digo que cualquier oficio se vuelve filosofía, arte, poesía, invención; cuando el trabajador le da su vida, cuando no permite que esa vida se divida en dos mitades: una para el ideal, y otra para los quehaceres cotidianos, sino que convierte la tarea diaria y el ideal en una misma cosa que es, simultáneamente, obligación y libertad, estricta rutina e inspiración constantemente renovada”¹⁸.

Referencias

1. Ortega y Gasset. Que es Conocimiento. Rev de Occidente em Alianza Editorial. Madrid. 1984
2. F. Pessoa. Mensagem. Nova Aguilar. Rio de Janeiro. 1976.
3. Bogdewic S. The questioning machine. FamMed 2002;32:670-2.
4. Cardona Pescador, J. Los miedos del Hombre. Rialp. Madrid. 1988.
5. Frankl, V. Psicoterapia e Sentido da Vida. Quadrante. São Paulo. 1973.
6. Rojas E. El hombre light. Ed. Temas de Hoy. Madrid. 1992.
7. JRatzinger/VMessori: Rapporto sulla fede. Società San Paolo. Milão. 1985
8. M.Unamuno. Vida de D. Quijote y Sancho”. Espasa Calpe. Madrid. 1975.
9. Tamaro S. Querida Mathilda. Seix Barral. Barcelona. 1998 pg. 54
10. Ortega y Gasset. Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América. Revista de Occidente. en Alianza Editorial. Madrid. 1981.
11. Ortega y Gasset. La rebelión de las masas. Revista de Occidente em Alianza Editorial. Madrid. 1979.
12. Susanna Tamaro: .Va’ Dove ti porta il cuore. Baldini. Milão. 1994.
13. Bernardo de Claraval.. *De Consideratione* II, 6. in Obras Completas. Vol II. BAC. Madrid. 1990.
14. Marañón,G. Mi homenaje a Francisco Huertas.in Obras Completas, vol III Espasa Calpa. Madrid, 1967
15. Marañón, G. Prólogo a mis prólogos. in Obras Completas, vol I Espasa Calpa. Madrid, 1967
16. Sanz Gadea,J .Un Médico en el Congo.Temas de Hoy. Madrid. 1998.
17. Marañón,G. La medicina y nuestro tiempo. Espasa Calpe. Madrid. 1954
18. D’Ors, E. Aprendizaje y Heroísmo. *Grandeza y servidumbre de la inteligencia*. (1914) Pamplona: Eunsa, 1973..